

17.º domingo ordinario A

Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien. (Rm 8,28)



Primera lectura

1 Reyes 3,5.7-12

En aquellos días, el Señor se apareció en sueños a Salomón y le dijo:
– Pídeme lo que quieras.

Respondió Salomón: – Señor, Dios mío, tú has hecho que tu siervo suceda a David, mi padre, en el trono, aunque yo soy un muchacho y no sé desenvolverme. Tu siervo se encuentra en medio de tu pueblo, un pueblo inmenso, incontable, innumerable. Da a tu siervo un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir el mal del bien, pues ¿quién sería capaz de gobernar a este pueblo tan numeroso?

Al Señor le agradó que Salomón hubiera pedido aquello, y Dios le dijo:
– Por haber pedido esto y no haber pedido para ti vida larga, ni riquezas, ni la vida de tus enemigos, sino que pediste discernimiento para escuchar y gobernar, te cumplo tu petición: te doy un corazón sabio e inteligente como no lo ha habido antes ni lo habrá después de ti.

Segunda lectura

Romanos 8,28-30

Hermanos y hermanas: Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien: a los que ha llamado conforme a su designio. A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo para que él fuera el primogénito de muchos hermanos. A los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó.

En aquel tiempo dijo Jesús a la gente: – El Reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder, y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo. El Reino de los cielos se parece también a un comerciante en perlas finas, que, al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra.

Meditación

El tesoro y la perla son parábolas gemelas, cuyo sentido expondremos conjuntamente. La primera tiene como protagonista a un obrero del campo palestinese que, al encontrar un tesoro, quiere quedarse con él, pero por la vía legal. Quiere comprar el campo porque, según la ley judía, así se convertía en el señor del suelo y del subsuelo. Por todos los medios quiere poseer el tesoro hallado, aun a costa de vender o renunciar a todo lo demás. Todo carece de importancia en comparación con aquel tesoro. El protagonista de la segunda parábola es un mercader de perlas. Para los orientales no existía cosa más preciosa y apreciada que las perlas. Cuando el mercader de la parábola encuentra una perla de excepcional valor vende cuanto posee para comprarla. Todo cuanto tiene carece de importancia en comparación con aquella perla. Los dos protagonistas venden cuanto tienen para adquirir el tesoro y la perla respectivamente. De este denominador común ha querido deducirse que la enseñanza fundamental de las parábolas debe verse en la entrega incondicional que el Reino exige. Esto, sin embargo, no se pretende en primera línea en estas parábolas. Las palabras decisivas para orientarnos en la interpretación doctrinal de su mensaje son las siguientes: llenos de alegría. La alegría extraordinaria que conmueve al hombre ante el sensacional hallazgo. Alegría que lanza al hombre a la posesión de un bien ante el cual todos los demás pierden categoría y valor. Ninguno de sus esfuerzos y renunciaciones le parecerán excesivos. Todo palidece ante el valor del Reino cuando ha sido descubierto en plenitud. Nada puede compararse con él: la buena nueva fascina al hombre que la descubre. Por nada del mundo quiere perderlo. Como el jornalero que encuentra un tesoro o el mercader de perlas que se tropieza con una de excepcional valor. Ninguno de los dos compra para vender de nuevo o especular con lo comprado. Han encontrado algo que llena su vida y le da sentido. Así ocurre con el hallazgo del Reino. Sólo desde él la vida adquiere sentido.

17.º domingo ordinario A



*Sabemos que a los que aman a Dios
todo les sirve para el bien. (Rm 8,28)*

Primera lectura

1 Reyes 3,5.7-12

En aquellos días, el Señor se apareció en sueños a Salomón y le dijo:
– Pídeme lo que quieras.

Respondió Salomón: – Señor, Dios mío, tú has hecho que tu siervo suceda a David, mi padre, en el trono, aunque yo soy un muchacho y no sé desenvolverme. Tu siervo se encuentra en medio de tu pueblo, un pueblo inmenso, incontable, innumerable. Da a tu siervo un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir el mal del bien, pues ¿quién sería capaz de gobernar a este pueblo tan numeroso?

Al Señor le agradó que Salomón hubiera pedido aquello, y Dios le dijo:
– Por haber pedido esto y no haber pedido para ti vida larga, ni riquezas, ni la vida de tus enemigos, sino que pediste discernimiento para escuchar y gobernar, te cumplo tu petición: te doy un corazón sabio e inteligente como no lo ha habido antes ni lo habrá después de ti.

Segunda lectura

Romanos 8,28-30

Hermanos y hermanas: Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien: a los que ha llamado conforme a su designio. A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo para que él fuera el primogénito de muchos hermanos. A los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó.

En aquel tiempo dijo Jesús a la gente: – El Reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder, y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo. El Reino de los cielos se parece también a un comerciante en perlas finas, que, al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra.

El Reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces; cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran.

Lo mismo sucederá al final del tiempo: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos y los echarán al horno encendido. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. – ¿Entendéis bien todo esto?

Ellos le contestaron: – Sí.

El les dijo: – Ya veis, un letrado que entiende del Reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando del arca lo nuevo y lo antiguo.

Meditación

El tesoro y la perla son parábolas gemelas, cuyo sentido expondremos conjuntamente. La primera tiene como protagonista a un obrero del campo palestinese que, al encontrar un tesoro, quiere quedarse con él, pero por la vía legal. Quiere comprar el campo porque, según la ley judía, así se convertía en el señor del suelo y del subsuelo. Por todos los medios quiere poseer el tesoro hallado, aun a costa de vender o renunciar a todo lo demás. Todo carece de importancia en comparación con aquel tesoro.

El protagonista de la segunda parábola es un mercader de perlas. Para los orientales no existía cosa más preciosa y apreciada que las perlas. Cuando el mercader de la parábola encuentra una perla de excepcional valor vende cuanto posee para comprarla. Todo cuanto tiene carece de importancia en comparación con aquella perla.

Los dos protagonistas venden cuanto tienen para adquirir el tesoro y la perla respectivamente. De este denominador común ha querido deducirse que la enseñanza fundamental de las parábolas debe verse en la entrega incondicional que el Reino exige. Esto, sin embargo, no se pretende en primera línea en estas parábolas. Las palabras decisivas para orientarnos en la interpretación doctrinal de su mensaje son las siguientes: llenos de alegría. La alegría extraordinaria que conmueve al hombre ante el sensacional hallazgo. Alegría que lanza al hombre a la posesión de un bien ante el cual todos los demás pierden categoría y valor. Ninguno de sus esfuerzos y renunciaciones le parecerán excesivos.

Todo palidece ante el valor del Reino cuando ha sido descubierto en plenitud. Nada puede compararse con él: la buena nueva fascina al hombre que la descubre. Por nada del mundo quiere perderlo. Como el jornalero que encuentra un tesoro o el mercader de perlas que se tropieza con una de excepcional valor. Ninguno de los dos compra para vender de nuevo o especular con lo comprado. Han encontrado algo que llena su vida y le da sentido. Así ocurre con el hallazgo del Reino. Sólo desde él la vida adquiere sentido.